

Poéticas e intervenciones 1: sacudiendo la pereza...

Los lectores no son nada tontos, como dice Michel de Certeau, e incluso los más novatos, los menos entrenados en la “buena lectura” tienen sus estrategias para vérselas con ese enigma del texto. Tal vez no arriben a una “interpretación” parecida a la que se considera que está implícita en el texto –la que el texto parece “pedir”, en cierta forma–, o cercana a la del propio maestro. Tal vez, disponiendo de más claves y más lecturas, no sería ésa sino otra su lectura. Y seguramente, volviendo a leer ese mismo texto después de muchas otras experiencias, será otro el sentido que construyan. Pero en ese momento particular, en esa ocasión, en ese punto de su vida y de su historia, “el que lee” tiene sus recursos, su poética, sus estrategias, sus modos de apropiación, no es cierto que vaya desnudo hacia el texto...

El lector “hace su juego”. Como en el *Fausto* de Estanislao del Campo, como en la historia de los lectores de *Otra vuelta de tuerca*, el texto, lo que “está ahí” a su consideración, lo extraño –la obra, la ficción– es “leído” con los instrumentos de que se dispone, poniendo en juego los recursos que se tienen. Pocos o muchos: todos. El lector hace su juego, y de esa manera lo ajeno deja de ser ajeno.

Sin embargo, el equipaje, a veces, le juega en contra. Una caja de herramientas cerrada y fija puede conspirar en contra de la lectura. Muchas veces sucede que el lector perezoso, que aprendió a jugar un juego, sólo aspire a repetirlo. En ese caso irá dejando de leer. Se

refugiará en un género y rechazará todo lo que quede fuera de ese género. Leerá sólo cuentos de terror. O sólo un tipo de historietas. Mirará sólo telenovelas. Conoce bien esas reglas y no está dispuesto a moverse de allí. No quiere esa inquietud del enigma, ese ponerse frente al texto y asustarse un poco, quiere saber de antemano lo que le espera... Se siente cómodo. Está acostumbrado a cierta manera de narrar, cierto orden de acontecimientos, cierto punto de vista, cierta “claridad”... No está dispuesto a correr el riesgo. Es ahí cuando el maestro, el bibliotecario, el mediador interviene. Parte de su tarea –y una tarea mayor– será sacudir la pereza, volver a poner a los lectores frente al enigma (ya digamos que cierta “incomodidad”, un no saber si uno será capaz de salir de ese embrollo es propio de la lectura...). Tal vez pueda irrumpir en medio del círculo (recordemos que hay dibujado ya un espacio, un lugar y una situación prevista para la lectura y eso es para el maestro una ventaja) con una metáfora fortísima, muy apretada, o un verso “raro”, “dado vuelta”, disfrazado de mil maneras: “Cerrar podrá mis ojos la postrera/ sombra que me llevare el blanco día...” Un poema o un diálogo de amor (“Se miran, se presienten, se desean / se acarician, se besan, se desnudan...” de *El espantapájaros* de Oliverio Girando, la escena del balcón de *Romeo y Julieta*, un poema de Neruda...). O versos de rabia y odio (“...los que nacen tenebrosos/ los que son y serán larvas/ los estorbos, los peligros, los contagios, los Satanes,/ los malditos, los que nunca –nunca en seco, /nunca siempre, nunca

mismo, nunca nunca...” del romántico Almafuerte). Una jitanjáfora, un trozo de glí-glico, un “cadáver exquisito”, a la manera de los surrealistas... Un comienzo de novela o de cuento extraño y seductor, o enigmático, un acertijo... Casi cualquier comienzo de Kafka serviría, y no sólo el de *La metamorfosis*, también el de “El buitre”: “Erase un buitre que me picoteaba los pies. Ya había desgarrado los zapatos y las medias y ahora me picoteaba los pies...”, o el de “El puente”: “Yo era rígido y frío, yo era un puente; tendido sobre un precipicio estaba yo...”. Servirían los primeros párrafos de

Una soledad demasiado ruidosa de Bohumil Hrabal, los arranques de Guy de Maupassant, por ejemplo el de “El horla”, y por supuesto Macedonio Fernández: “El señor Ga ya era sólo un pie...”. Serviría también un “relato” en imágenes del Bosco, una cara vegetal de Archimboldo, un Juanito Laguna... Algo fuerte, en cierta forma brutal, e incómodo, lo contrario de la costumbre.

Una intervención muy importante, que deriva de esa otra anterior a la que ya nos referimos: la búsqueda de los textos que se pondrán a consideración de los lectores en el círculo.

